

San Gregorio el grande reverenciaba al igual de los cuatro Evangelios.

A ese Oriente, además, después de la conquista de Alejandría, había sido dada, para servir los grandes designios de Dios en la propagación del Evangelio, una lengua maravillosa. esa lengua griega de riqueza, precisión y armonía incomparables, la lengua de los filósofos, de los poetas, de los oradores, tan bien hecha como lo notaba ya San Basilio en su panegírico de San Atanasio; para determinar el rigor de nuestros dogmas y desenvolver su magnificencia. Los Padres Orientales fueron los que sostuvieron el esplendor de las letras griegas y perpetuaron su gloria.

Ved, señores, cómo surgen de todas esas Iglesias del Oriente, durante cinco siglos, esas grandes lumbreras, esos Padres de nuestra fé, apologistas, exejetas, teólogos, oradores; ved esas gloriosas pléyades del cielo de la Grecia, San Justino el filósofo, Milciades, Cuadrato, Meliton, Atenágoras, Taciano, Clemente, Orígenes, Eusebio, San Basilio, llamado el Platon cristiano, San Crisóstomo, la boca de oro, San Gregorio Nazianceno, el armonioso poeta y el divino teólogo, San Atanasio, el invencible controversista, y tantos otros nombres gloriosos que circundan todavía á las cristiandades de Oriente con una aureola inmortal. La ciencia, la elocuencia, la santidad, todas las glorias divinas y humanas á la par estaban allí. ¡Qué fecundidad! ¡qué esplendor! ¡qué vida! ¡qué poder!

Pero ¡ay! ¡ay! ¡Oh Constantinopla, tú eres la que todo lo perdiste!..... Todo lo perdiste, cuando en un día de extravío quisiste elevarte y dominar en tu orgullo! ¡No es á tí, sino á Roma, á quien ha sido dada la primacía en la Iglesia.....: pero tú la has codiciado, y para obtenerla ¡ay! ¡ay! te entregaste, te hiciste esclava! Quisiste conquistar las glorias mundanas y tu triunfo fué manantial de todas las miserias y el origen de ese monstruoso imperio, despótico y abyecto, que las naciones de Europa se fatigan en sostener! ¡Y

tu patriarca envilecido, humillado, no ha sido ya mas que un juguete vil en las manos de tus déspotas coronados!

Y hé ahí, sin embargo, lo que hoy se querria que llegara á ser el Pontífice augusto de la ciudad eterna, el guía de nuestra fé, el padre de nuestras almas! Pero no, Dios mio, ¡jamás! ¡jamás!

El cisma entregó pues miserablemente la Iglesia al poder y los pueblos al Islamismo; pues de grado ó por fuerza, la libertad de los pueblos es siempre solidaria de la libertad de la Iglesia! Constantinopla, caída por fin bajo el poder de la cimitarra de Mahoma, fué y sigue siendo el ejemplo mas lamentable de lo que padecen los pueblos por haber roto con la unidad.

Y así es que, desde hace tantos siglos, esas bellas comarcas, las mas florecientes del antiguo mundo, están gimiendo bajo el torpe yugo de los turcos. ¿Qué ha sido de todas esas grandes é ilustres Iglesias que enumerábamos poco ha con orgullo? A vosotros, obispos piadosos, que mostrabais hace unos momentos á la Iglesia de Roma los ritos venerables de vuestra antigua liturgia oriental, á vosotros mas bien que á mí corresponde repetir aquí los males de vuestras iglesias, su servidumbre, su pobreza, su penuria y el terror de muerte con que el fanatismo musulman las amaga incessantemente. Pero ¡qué digo! ¿Los últimos estallidos de este sangriento fanatismo no han asombrado recientemente al mundo con horrores mas espantosos que cuantos habia alumbrado el sol jamás? ¿Los azotes mas terribles de Dios habian mostrado nunca al mundo nada que se aproximara á las abominables matanzas de Saida, Harbeia, Bachaia, Der-el-Kamar y Damasco?

El porvenir atónito se preguntará quizas cómo subsisten todavía este despotismo y esta barbarie. “¡Ah! decia en otro tiempo Bossuet, la política sostiene ese imperio decre-

pito que amenaza ruina; levanta en derredor suyo barreras para impedir que caiga." Lo mismo sucede hoy; carcomido hasta en sus entrañas, solo permanece sobre sus socavados y vacilantes cimientos por un acuerdo extraño de las potencias cristianas.... Le impiden que caiga sin poder impedirle que muera, y que, al morir, oprima, divida y debilite todavía los restos de nuestras iglesias de Oriente. Y entre tanto están gimiendo millones de cristianos bajo su yugo, entregados casi sin defensa á su capricho y á su encono!

Pero dejemos esas cosas y no pensemos mas que en las almas aunque la suerte de las almas se halla ciertamente muy ligada á estas cosas y al traves del hierro, el fuego, la sangre y los horrores, vamos á las almas, busquemos las almas.

A Dios gracias, la sombra de la densa noche que envuelve desde hace tantos siglos al triste Oriente, comienza ya á aclararse y aparecen señales consoladoras. La doble tiranía del islamismo y del cisma que pesa sobre esas infortunadas cristiandades ha recibido ya rudos golpes y se va gastando cada dia mas.

Haga lo que quiera lo política, la descomposicion del imperio musulman es visible, y cuando caiga aparecerán bajo sus ruinas esas nacionalidades que la savia cristiana ha conservado allí, oprimidas, pero vivas; pues es notable, señores, que el islamismo no ha podido absorver todo el imperio turco y que todavía hay en Oriente, gracias al cristianismo de los pueblos distintos, de los armenios, de los maronitas, de los búlgaros y otros, para quienes la cuestion de nacionalidad se confunde con la cuestion católica; y esto, con la gracia de Dios, es para el porvenir de la fé en estos países motivo de seria esperanza.

Tambien el cisma parece herido de muerte. La historia ha patentizado ya demasiado que el cisma, á la par que separa á los pueblos del foco de las luces y de la vida cristia-

na y entrega la Iglesia al poder, lleva ademas consigo dos plagas inevitables: la ignorancia y la servidumbre de las conciencias.

¡Ah! ¿por qué tarda tanto el Oriente en reconocerlo? ¿Por qué no lo comprendió el dia en que le tendimos tan lealmente la mano en los concilios de Lyon y Florencia? Desde ese tiempo no hay serias dificultades doctrinales entre el Oriente y nosotros. ¿Por qué no se ha consumado ya la union, tan fácil y apetecible? Al menos entónces fué dado un gran paso, y desde estos concilios, si se me quiere permitir que tome al lenguaje diplomático una expresion sumamente exacta, hay abierto para la union un protocolo, y cada Iglesia oriental puede estampar en él su firma cuando quiera.

Mas aún, se puede decir que la cuestion de Oriente acaba de ser instaurada de nuevo solemnemente en la Iglesia católica.

¡Oh padre comun de todas las Iglesias! ¡Oh pastor de los corderos y de las ovejas! ¡oh pastor de los pastores! A pesar de los peligros que os rodean y de los cuidados universales que os abruman, cuántas veces, olvidando vuestros propios dolores, habeis vuelto vuestras miradas y vuestro corazón hácia los dolores de vuestros hijos en Jesucristo, los cristianos de Oriente, solicitando para ellos las simpatías y las plegarias del mundo cristiano y llamándolos á ellos mismos hácia vos con el mas tierno y paternal amor.

A consecuencia de esa alta solicitud, muy recientemente todavía ha dado el Padre Santo al Oriente en el seno de la importante congregacion de la propaganda nuevos y celosos operarios que se impondrán el deber sagrado de estudiar las necesidades de estas Iglesias y se dedicarán con todo su conato á preparar cada vez mas la reunion tan anhelada de las comuniones separadas, sin alterar los ritos antiguos y venerables á los cuales jamas ha rehusado la Santa Sede su justo homenaje.

Por otra parte, una obra, obra providencial, ha sido fundada, y en Francia, señores, y, cosa notable en el seno del Instituto de Francia, en el corazón de un sabio que fué uno de los primeros matemáticos de Europa y también uno de los primeros cristianos, el ilustre y malogrado M. Cauchy, -pronuncio aquí su nombre contento y ufano, pues el reconocimiento hácia los hombres que han merecido bien de la Iglesia es para todos un deber grato y grande.- En el corazón de este grande hombre de bien nació esa obra de las escuelas de Oriente, y puede decirse que se consagró á ella hasta la muerte; pues en medio de la poderosa aridez de sus guarismos y sus cálculos portentosos, tenia el alma tierna como una hermana de la caridad.

Por lo demas, esta obra, como todas las que tienen un grande objeto y son sobreescitadas por grandes necesidades, está reservada evidentemente á especiales bendiciones y á un gran porvenir. Con qué entusiasmo, señores, respondió la Francia católica al llamamiento, cuando se recibió la horrorosa noticia de las matanzas de los cristianos, y qué glorioso fué para el jóven sacerdote que veo hoy en medio de vosotros, honrado por el soberano Pontífice con distinciones de que su corazón y su adhesión se muestran tan dignos, en ser el diputado de la caridad católica cerca de nuestros hermanos de Siria y llevarles tres millones en nombre de la Francia y del mundo cristiano.

Venid pues todos, carísimos hermanos, con toda la generosidad de vuestros corazones, al socorro de la Obra de las escuelas de Oriente; y la Obra continuará enviando á las Iglesias orientales la doble limosna de que necesitan, preparando de este modo un porvenir próximo, quizá la realización de los designios misericordiosos de la Providencia sobre estos países infortunados.

Tal es, señores, el objeto directo de esta reunion y de las palabras que os dirijo. Lo que nos pide el Oriente y lo

que le daremos hoy, es á la par el brillante testimonio de una simpatía grande y el útil y necesario socorro de una limosna amplia y generosa.

Vosotros todos, obispos venerables del mundo entero, ¿qué habeis venido á hacer aquí? ¿Para qué habeis cruzado los mares, dejando vuestros rebaños y arrostrando las fatigas? Habeis venido á buscar al Papa como se viene á buscar á su padre cuando sufre, porque os ama y porque vosotros le amais, y él os dice en efecto como un padre á sus hijos: Vosotros sois mi orgullo y mi consuelo.

Tal vez no se ha hecho jamas cosa semejante en la Iglesia para satisfacer una mera necesidad de corazón, de afecto y de union.

Pero el corazón es el artesano de las grandes cosas. Habeis venido impelidos por un sentimiento de piedad filial, y hé aquí que vuestra reunion, sin que lo hayais procurado, resulta ser un grande acontecimiento.

Pues bien, nuestra reunion tendrá otro grande efecto ademas, y será también para las Iglesias de Oriente un grande é inesperado consuelo.

Todos nuestros hermanos de Oriente lo sabrán y serán fortalecidos con él; y tanto los que han permanecido constantemente adheridos con fidelidad tan valerosa á la Unidad, como los que han sido separados por el cisma de nuestra comunión, pero no de nuestra caridad, se dirán; Roma, la Francia, la España, la Alemania, el mundo católico entero se estremecerá de amor por las Iglesias orientales, y en Roma, en presencia de trescientos obispos venidos allí de todas partes de la catolicidad, un obispo de Occidente ha referido las desgracias pasadas y los infortunios presentes de nuestras Iglesias, y todos los corazones estaban conmovidos.

Obispos católicos, de la Siria, de la Armenia, de Constantinopla y de Esmirna, vosotros ireis á repetir á vuestros fieles esta estrecha y tierna union de los católicos de Occi-

dente y de los católicos de Oriente en la caridad de Jesucristo, entre los brazos y sobre el corazón del Padre comun..... ¡Ah! grande y laboriosa es vuestra misión de regeneración en el seno de vuestras propias Iglesias y de conquista en el seno de las Iglesias separadas; pero volvereis alentados, fortalecidos para vuestra obra por todos los votos y todas las simpatías del Occidente, como quizá también por el espectáculo de vuestras Iglesias, de nuestras instituciones, de nuestra disciplina, de nuestros seminarios, de nuestras escuelas, de todos esos focos de apostolado y de doctrina ofrecidos á nuestro clero seglar y regular, de todo lo que forma, en fin, nuestra vida y nuestra fuerza, y que, trasportado al Oriente, volvería á vuestras Iglesias su antiguo esplendor, y, gracias á vuestra fiel energía, hará revivir, con el celo y la energía de los Basilius, y de los Crisóstomos, la belleza de los días antiguos.

Si esperáis mucho de nosotros, eso es lo que por nuestra parte esperamos de vosotros con confianza.

Pero para todas estas obras, señores, vuestro concurso es necesario, y con ese objeto ocho venerables obispos, cuatro del Oriente y cuatro de Occidente, se colocarán dentro de un momento en las puertas de esta Iglesia y os tenderán con alegría una mano suplicante, ofreciendos en cambio de vuestros dones el reconocimiento de su corazón y la bendición de Jesucristo.

¡Ah, señores! permitidme que os lo diga con toda la sencillez de un lenguaje familiar, dad abundantemente para esta obra; dad vuestro dinero mas generoso. El dinero, este triste pero admirable dinero, de quien se ha dicho que es un mal amo, pero un buen servidor; triste, porque sirve tan frecuentemente al mal, pero admirable, cuando sirve á la verdad, á la caridad, á todas las grandes cosas; cuando se convierte, y á menudo tiene este honor, en instrumento del hombre para los designios de Dios. Dejadme añadir aun: Habéis venido aquí con buena voluntad, algunos quizá por

mera curiosidad, pero en suma todos para hacer una buena obra; pues bien, hacedla mejor que la habéis previsto. ¿No es siempre bueno ser mejor de lo que parecia desearse? ¡Dios mio! eso sucede incesantemente, y por mi parte, puedo afirmar que encuentro á cada paso hombres que son mejores de lo que creen.

Me falta la fé, me dicen.—Pues la teneis: lo que os falta únicamente es valor para confesarosla á vos mismo. Atrevedos á ser cristiano y lo sois. Tened también vosotros hoy mas caridad de la que habiais previsto; dad cuanto llevais encima. No os habéis cargado de modo que no podais andar cómodamente el camino; pues aun os será mas fácil la vuelta. Habrá colecta y habrá suscripción: pensad en ambas cosas. Para la colecta, dad todo lo que teneis en este momento, sin contar; por lo que respecta á la suscripción, es asunto serio y que exige se haga con prudencia y reflexión. Calculareis pues la suscripción, pero aquí no calculeis, dad segun vuestro corazón, y si añadido segun el corazón de Pio IX, será grandemente.

¡Sí, es menester hacer hoy algo de grande, mejor quizá de lo que podeis prever! ¿Sabéis cual será tal vez la importancia de vuestra limosna?..... Aquella pobre mujer de Jerusalem que dió á San Pedro con qué hacer su viaje, ¿sabia hasta donde iria el apóstol y lo que ese viaje debia dar al mundo? Dios solo sabe lo que los obispos de Oriente harán con vuestros donativos. Unios vosotros al pensamiento de Dios y dad con caridad y generosidad de corazones verdaderamente cristianos.

Cuando reflexiono acerca de lo que el Oriente ha hecho por nosotros dándonos la fé, y veo á ese Oriente sumergido en esas tinieblas en que estaríamos nosotros mismos si Pedro y Pablo no hubieran venido, y encorvado bajo el yugo de ese despotismo brutal que le oprime y deshonorra, suelo decirme: Pero nosotros podriamos llevar á esos pueblos la libertad

crisiana y la luz, y no lo hacemos. No puedo prescindir entónces de llamar á esta indiferencia, culpable y odiosa ingrátitud. Sí, en nuestras manos tenemos, hermanos míos, la regeneracion moral y la libertad de Oriente, pues el cristianismo, cuando liberta las almas, emancipa y reanima los pueblos. Él es el padre de la verdadera libertad, no de la que prepara la mentira, sino de esa que está garantida por la virtud: él es el padre de la verdadera grandeza de las naciones, y en cualquiera sentido que se quiera entender, él es la salvacion y la vida de las sociedades.

Por lo tanto, si teneis amor á la libertad y la dignidad humana, pensad en el Oriente; si al reconocimiento, pensad en el Oriente; si á las almas, pensad en el Oriente; si á Jesucristo, pensad en el Oriente. ¡Ah! cuando recuerdo que es el Oriente quien nos ha dado á Jesucristo..... ¿Podemos negar<sup>lo</sup> nosotros nada en cambio? Si amais á la Virgen Santísima, pensad en el Oriente. Jamas he podido ver una mujer judía sin pensar en la Santísima Virgen y sin decirme conmovido que María era de su sangre y de su pueblo! En fin, si teneis amor á la Iglesia, pensad en levantar esas Iglesias que languidecen y en acercar al foco de las luces y de la vida crisiana á aquellas á quienes el cisma ha desolado. En una palabra, hermanos míos, del Oriente hemos recibido todos nuestros bienes; midamos pues, la extension de nuestras generosidades, por la extension de sus antiguos beneficios y de sus miserias presentes, y señalemos el gran dia que nos reune con un grande acto de caridad al cual pueda dar Jesucristo en cambio las bendiciones de la tierra y la recompensa de los cielos.



